

# 1

## Tragedia en Texas

Perseguida por restos de pólvora en combustión, la bala abandonó la pistola .45 y se detuvo justo antes de entrar en el ojo izquierdo de Jessica para que ella pudiera ver, como dicen que ven los condenados a muerte, su vida en un segundo.

No, otra vez: la bala entró por el ojo izquierdo de Jessica y salió por la nuca, seguida por un chorro de sangre y materia blanda; y las esquirlas del quemarropa se estrellaron un instante después sobre la ceja y una parte del párpado, pintándole pétalos de una flor que primero fue rosa por la carne viva y luego de las horas se hizo negra. Ella no tuvo tiempo de ver pasar su vida en un instante, como dicen que se deja ver, porque lloraba conmovida mientras seguía por la tele, en vivo, la dramática desaparición, búsqueda, muerte y hallazgo de tres niños en un pueblo de Texas poco conocido hasta antes de la tragedia.

“¡Putra madre!”, gimió Jessica cuando el reportero dio a conocer que el padre de los niños había encontrado, en la cajuela de un auto estacionado en su nariz, los

tres cadáveres arañados de los pequeños de cinco, seis y ocho años. “Putra madre” —sollozaba— y en eso tocaron el timbre.

Fue a abrir con los ojos morados y el cuerpo sometido a espasmos. Quitó confiada el seguro de la puerta y no alcanzó a ver el rostro de su asesino, oculto tras un ramo de rosas rojas.

“Floreees”, dijo el emisario y se interrumpió para jalar el gatillo. Ella escuchó un clanc seco; sintió un calor amable en un ojo y un desvanecimiento que la llevó de golpe al piso. ¡Clanc!, escuchó, pero no prestó atención porque su mente estaba en otro lado: en la tragedia en Texas.

No vio su vida en un instante porque estaba lo suficientemente compungida como para atender su propia muerte.

Mientras su cuerpo se fue depositando en el suelo, la bala que le penetró la pupila salió con dirección al baño del departamento de dos recámaras y rebotó en los azulejos amarillos para entrar, con precisión de pelota de golf, al hoyo de lo que fue un desagüe, ahora en desuso y sin cañería, que daba directamente al baño de un piso más abajo.

El pedazo deforme de plomo se depositó en la tina del vecino cuando su cuerpo tocó el suelo. La televisión se quedó encendida, con el volumen alto. Ella cayó boca arriba, con un ojo abierto y el otro, el enmarcado por la flor, negro; uno escurría sangre y el otro lágrimas, porque cuando llegaron a matarla lloraba por la tragedia del pueblo que esa misma tarde perdió a tres niños.

“¡Más noticias!”, agregó el reportero de televisión, aunque Jessica no pudo escucharlo. “Los tres niños que

habían sido reportados como perdidos fueron encontrados por sus propios padres, frente a su casa, luego de la intensa movilización que incluyó a policías y a vecinos del barrio. Nos hemos enterado que los tres niños se metieron en la cajuela de un viejo Ford LTD abandonado en el garaje y murieron por asfixia. Al parecer fue un accidente. Algunos vecinos confirman que los vieron jugando en el porche. En su desesperación, los pequeños se arañaron unos a otros. En esta repetición, captada por nuestras cámaras, vemos el momento exacto en el que el padre de los niños abre la cajuela del auto en busca de una lámpara y de herramientas y encuentra a los tres desafortunados. Vea, vea la repetición: aquí podemos observar cómo el padre da un brinco hacia atrás, sorprendido por su hallazgo.

”El dolor se ha apoderado de este pueblo de Texas, que buscaba desesperado en las calles a estos tres inocentes, pero que jamás reparó que fallecían frente a sus ojos. Gran dolor se vive en Schulenburg, Texas. Hoy ha quedado enlutado.”

El hombre de la pistola salió del edificio con los dedos de ambas manos depositados en la frente. Sintió que debía separarse el cráneo, como se abre una granada o una mandarina, y lo hizo: sobre el rostro fue cayendo un líquido espeso como chapopote, pero no tanto. Tuvo la necesidad de sacudirse los dedos y volteó sobre sus pasos y vio cómo derramaba gravy oscuro en el pavimento. En eso llegó el camión y él le hizo señas para que se detuviera. Se vio las manos, ahora palmas arriba y traía el cambio exacto. La salsa había desaparecido. Pagó. Se sentó.

Desde entonces y hasta su último día, por algún capricho, sintió como si hubiera pisado cagada. En momentos seleccionados por el azar se miraba las suelas de los zapatos y se sacudía las manos porque, pensaba, antes de caer al suelo el chapopote también había tocado sus dedos y eso nunca se lo pudo borrar.

A veces, un día cualquiera, se llevaba las manos a la frente aunque sabía que dentro del cráneo le quedaba poco. Por eso no intentaba abrírselo de nuevo como la tarde en que dio muerte a la mujer que ni siquiera conocía. No podría explicar que guardaba dentro de la cabeza un sorbito de un gravy casi negro. Y lo guarda, el sorbo, porque creía en el amor. Le hacía falta para querer. Imaginaba ese querer y se masturbaba.

Sin rastros de la bala, los investigadores de Ciudad Juárez concluyeron que Jessica fue ejecutada lejos de su departamento. Informaron a la prensa que los asesinos (“porque fueron varios, si no, ¿cómo la cargaron?”) se las habían arreglado para montar un espectáculo en la sala, junto a la puerta, para desorientar a las autoridades. “Desparrramaron sangre, hueso y masa encefálica para darnos pistas falsas. Encendieron la televisión para disimular sus propios ruidos”, dijo el jefe policiaco en la conferencia.

Jessica murió ese verano de tragedia en Texas. El ruido permanente de la televisión y el hedor de su cuerpo descompuesto atraieron a los vecinos.

Enterraron a Jessica con discreción en Nuevo Casas Grandes, Chihuahua, cinco días después de que los ca-

nales texanos se habían enlazado para difundir, en vivo, el sepelio de tres niños.

“¡No nos abandones, Dios mío!” , gritaba por televisión, en vivo desde el cementerio, aquél que tuvo la mala suerte de encontrar los cuerpos sin vida de esos tres, sus hijos.

La autopsia reveló que cuando los pequeños jalaban desesperados el poco oxígeno que quedaba en la cajuela del Ford LTD abandonado en el garaje de los padres, se arañaron entre ellos.

“No nos abandones, Señor” , clamaba el padre, abrazado a su esposa, rodeado de amigos y vecinos que acudieron al panteón de Schulenburg, un pueblo poco conocido hasta antes de la tragedia.



## 2

### El valle no tiene caso

La casa de Juan Cevallos da la espalda al Río Bravo. Después del traspatio están los campos pelados que un día motearon algodón y luego una acequia que lleva diez años sin agua. Más allá, rumbo al norte, el río se abre ancho y sus orillas están marcadas por brechas de tierra en las que de noche murmuran los mariguaneros.

Enfrente de su casa, cruzando el porche, pasa la carretera que une a Ciudad Juárez con Porvenir, uno a la derecha y el otro a la izquierda; él se ha parado allí a esperar el camión cien o cientos de veces, igual que lo hicieron su madre y su padre, ahora muertos, desde que llegaron hasta acá de la región de los vados, de las sierras del Valle de Juárez, en busca de trabajo y de formar una familia que ahora se resume a él: a Juan, el Solitario.

Todos conocen a Juan en El Millón. Lo saludan pero no lo frecuentan porque siempre fue raro y hosco; porque ni de chico jugaba con los del pueblo; porque han visto cómo su familia, antes dueña de tierras pequeñas aunque sembradas, ha menguado, ha ido a menos. No

quieren ser parte de esa tragedia y por eso lo esquivan, no le hacen mucho caso. Eso es Juan: una tragedia, dicen, porque se quedó sin mujer, sin viejos, sin destino, encerrado en esa casa que da la espalda al Río Bravo.

Los Cevallos no terminarán con Juan, porque Cevallos son muchos o casi todos: los vecinos se apellidan así y ni familiares son. Ahora han aparecido que si los Reyes y los González y los Pérez, pero Cevallos son mayoría y así fue desde hace doscientos años y así es hasta Porvenir y más allá, hasta las rancherías. Se dicen hijos de apaches, mezcaleros o comanches que huyeron de la muerte, de la cacería en los territorios de Texas y Chihuahua. Hasta acá llegaron entre los siglos XIX y XX siguiendo a Gerónimo, a Cochise y a Jú —afirman— y adoptaron un apellido castizo para esconderse.

Por eso, dicen, casi todos son Cevallos. Como Juan el Solitario, parado hoy otra vez allí, a la orilla de la carretera, con Ciudad Juárez —su destino— de un lado y del otro su pasado: Porvenir.

Si alguien hubiera observado a Juan esperando el camión, habría dicho: “Otra vez a Juárez, a buscar trabajo.”

Pero nadie lo vio y él no se preocupó por no ser visto, a pesar de que llevaba, en el forro de la chamarra de mezclilla, una pistola .45 envuelta en un pedazo de periódico fechado diez años antes.

Cuando llegó el camión pagó diez pesos; se sentó despreocupado junto a una ventana y se quedó dormido hasta Waterfill, en las afueras de Ciudad Juárez, donde empezaron las paradas continuas y las mentadas del chofer por el tráfico provocado por el puente internacional que va a El Paso, Texas.

Se bajó una hora después, frente al Parque Borun-

da, en el corazón viejo de la ciudad. Caminó hacia Búrritos Tony, pero ya estaba cerrado. Se miró la mano, donde traía escrita una dirección que memorizó y luego borró con saliva. Pidió flores a los vendedores de cigarrillos y pudo presenciar a tres de ellos reñir a gritos con un hombre maduro que los maldecía porque no tenían Marlboro Lights. El individuo —notó Juan— iba en huaraches de plástico y de bata, aunque no era tan tarde como para ir a la cama. Lo siguió sin proponérselo y el viejo no dejó de maldecir. Juntos, uno detrás del otro, llegaron a un conjunto de departamentos. Juan recordó el número: “Aquí es”, se dijo. El de la bata abrió la puerta principal y él se quedó a una distancia prudente. Juan lo vio patear la puerta principal, que se atoró y quedó abierta. Esperó a que el hombre desapareciera y entró al edificio, detrás de él.

En el primer piso vio a unos niños tocar una puerta y salir corriendo entre risotadas; en el segundo encontró el número interior que ya había borrado, con saliva, de su mano.

Frente a la puerta respiró profundo. Escuchó que había una televisión con el volumen alto. Tocó. No quiso ver quién abría: le bastó escuchar una voz de mujer. Se colocó el ramo y la pistola a la altura de la cara. En cuanto la puerta se abrió, dijo: “Floreees” y disparó. Rápido y preciso, tiró el ramo de rosas rojas dentro del departamento y con el periódico arrugado en el bolsillo tomó la perilla y cerró. Bajó a la calle, se encaminó hacia la parada del camión mientras le chorreaba mierda, o chapopote o gravy o salsa espesa de la cabeza.

No esperó demasiado. Pagó diez pesos, se acomodó junto a una ventana y otra vez durmió. Bajó en El

Millón, frente a su casa. Tenía más sueño. No encendió una sola luz: se fue derecho a la cama y se derrumbó hasta la mañana siguiente, cuando el ruido del tráfico en la carretera lo despertó. Traía aún la chamarra puesta; en uno de sus bolsillos, la pistola. Le puso el seguro; la colocó en el cajón de un buró.

Varios días pasaron desde su viaje a Ciudad Juárez cuando llegó a su casa una troca vieja, una Ford. Era Pedro Cevallos, un conocido de su familia.

—Ya la encontraron —le dijo el hombre al entrar.

—¿A quién? —respondió Juan.

El otro sonrió.

—Toma, aquí está lo que acordamos: diez mil pesos. Y tengo otra dirección. No tienes que ir hasta Juárez, es en Zaragoza. Este cabrón no es mujer, aguas. Es un perro. Vive con su familia y anda siempre armado. Los patronos no quieren que toques a la mujer y cuidadito con los niños. Este güey debe dinero y ya se la cantaron. Juan, por favor, muy limpiecito. Como con la otra...

—¿La otra?

—La del Parque Borunda.

—...

—¿Tiraste la pistola?

—Sí.

—¿Vas a necesitar carro?

—No.

—Juan, éste es tu segundo encargo. No siempre se tiene la suerte de que las cosas salgan como uno quiere. Ten cuidado y cierra la boca. Si algo sale mal, no me conoces...

Juan cumplió el siguiente encargo. Fue tan preciso que los patrones lo premiaron con doce mil.

Después vendrían dos mujeres de Ciudad Juárez, y un reclamo:

—Juan, las violaste.

—Eran putas.

El de la Ford destartada no abrió la boca. Sacó treinta mil pesos envueltos en una bolsa de plástico y los aventó a una mesa. Le extendió la mano.

Los huesos de esas y otras mujeres y hombres aparecieron tiempo después en el desierto. Juan no estuvo al tanto del escándalo porque no tenía televisión, ni leía periódicos: vivía encerrado en su casa, la que da la espalda al Río Bravo.

Después de su quinto encargo, Juan tiró la pistola en un hoyo que escarbó junto a la acequia, en medio de lo que un día fueron los algodones del Valle de Juárez, ahora secos, abandonados. Lo hizo de día y lloró hasta que las lágrimas, abriéndose paso en la piel polveada, le marcaron la cara. Se tiró al suelo y pensó en su madre, en su padre, en el día en el que ambos le regalaron esa pistola para que se defendiera “si un día no estamos”.

“Juan, mijo, cuando muramos vende y vete a Ciudad Juárez. Empieza otra vida. El valle no tiene caso. Algo te darán por estas tierras ahora que la maquiladora se come los campos”, le dijo su madre.

“Ajá”, contestó él, rascando la tierra con un palo. Tenía doce años.

Camino a casa, de noche y sin pistola, Juan se encontró con dos conocidos que al verlo se espantaron.

—¡Chingao! Es Juan el Solitario —dijo uno de ellos.

Los tres se sentaron entre los surcos secos del trapatio. Venían cargados con sacos de mariguana que recostaron en la tierra árida. Traían, también, una botella de whisky barato, un Straight American que abrieron al instante.

—Ya olvida a tus padres, Juan, y agárrate un trabajo. Sal de tu casa. Vete de aquí —le dijo uno, Julián Cevallos.

—Mira, si quieres nosotros te conectamos con los jefes para que nos ayudes a cruzar mota. Nomás hay que aventarla del otro lado y allá la recogen. No pagan mal —le ofreció el otro, un primo lejano, Gonzalo Cevallos Cevallos.

No contestó. Antes tampoco había abierto la boca.

Cuando la botella se vació, se despidieron. Juan enfiló hacia su casa, ellos hacia el Río Bravo.

El aire era tan limpio y la noche tan silenciosa, que Juan alcanzó a escucharlos a pesar de la distancia que los separaba.

Uno de ellos, su primo, comentó entre pujidos: “Déjalo en paz, chingao. Es Juan. Pobre diablo...”

## No pienso reclamar el cadáver

Recordar. No perder un solo detalle. No dejarse ganar por esa debilidad que dobla a los hombres: el olvido. Recordar. Ser honestos con el tiempo y respetuosos con el pasado.

Amado no llegó a tales conclusiones esa madrugada; lo estuvo meditando desde antes. Salió ya noche del cuarto de hotel en el que estuvo encerrado durante un mes y sin bañar se fue a casa y se acostó en la cama de los dos. Se puso unos tapones de papel sanitario en la nariz porque sangraba de tanta coca. Ella estaba allí, tranquila, con la cabeza en la almohada. Él olía a sexo de mujer y no le importó. Se cubrió hasta la cabeza y respiró ruidosamente. Trató de concentrarse en su objetivo: abandonarla. Intentó construir las reglas del abandono: no olvidarla. Recordar. No desperdiciar un solo detalle.

Así lo encontraron los primeros rayos de sol. No durmió. Pensó mucho en los años que dejaría atrás. En cómo conoció a su mujer, con la que llevaba tantos años.

Se alegró, bajo las sábanas, al recordar: ¡cuánto tiempo sin usar la memoria! ¡Cuánto, huyendo de los recuerdos felices! Porque —se dijo— uno confía en los tiempos mejores. Y no, no llegan. Los tiempos mejores están frente a uno y uno no lo sabe, pensó.

Tendido, tieso como un muerto a causa de la coca, entendió que la felicidad es un ungüento que pierde gradualmente su olor y con los años se vuelve un largo llano.

Amado se levantó antes que ella y se metió a bañar en absoluto silencio. Hizo una pequeña maleta y se acercó a Jessica. La besó en la frente. Le dijo: “Ya regreso”; ella respondió con un “ajá” coloquial.

En la banqueta, Amado vio su casa por última vez. Y sí sería la última, porque ya no regresó.

Fue al patio y arrastró un saco caqui de la *army*. Lo abrió y se le vino el vómito. Escandaloso vómito. Escupió una galleta molida y ensalivada. Fue directo a su Ford LTD y vació en la cajuela decenas de pañales desechables, cagados, llenos de gusanos y fermentados, que venían en el saco. En eso se encendió la luz de la recámara, dentro de su casa. Sacó las llaves. Aceleró por su antiguo vecindario.

La línea de espera en el puente Ciudad Juárez-El Paso estaba casi vacía, de México a Estados Unidos. Qué bien, pensó, aunque después razonó que quizás no sería tan buena suerte. Apenas iba a desarrollar la siguiente idea, una más compleja, cuando le tocó el verde y avanzó al puesto de revisión. Le tocó un pocho, un mexicanoamericano. Esa, se dijo Amado, esa sí es mala suerte.

- ¿Qué lleva?  
—Nada.  
—¿A dónde va?  
—A recoger a mi hijo. Se quedó en casa de una sobrina.  
—Déme el pasaporte y abra la cajuela.  
—...  
—¡Uf! ¡Cíerrelle! ¿Para qué quiere pañales usados?  
—No tuve tiempo de tirarlos.  
—Lave ese carro. Tenga su pasaporte. ¡Váyase!

Llegó al hotel en El Paso, Texas. Abrió la cajuela del carro y de allí sacó dos libras de cocaína que estaban escondidas entre los pañales llenos de caca. En el *lobby*, una pareja de ancianos tomaba el desayuno. El hombre, de unos setenta años, se tocó el sombrero a manera de saludo, como hacen en Texas. Amado no respondió. Fue directo a un cuarto; abrió y tiró la coca, que escondía bajo una chaqueta. En una de las dos camas estaba la Negra, su amigo.

—Vámonos —le dijo.

—Vámonos ya —respondió la Negra.

Sudaron los minutos. Corrieron algunas horas, en vorágine, por la coca: horas largas, angustiosas; horas llenas de zozobra. No se dijeron una palabra. Entendieron que habían llegado al final del viaje, o por lo menos al final de ese viaje.

Con la boca seca, los ojos desorbitados y los músculos tensados como cables de puente, se arrastraron a los

extremos de la habitación. Al sur, uno quedó tendido en una cama; el otro jaló hacia el polo opuesto.

Les daba pena mirarse a los ojos. Sentían vergüenza uno del otro. Habían pasado semanas encerrados en un hotel, sin cambio de ropa, sin cepillos de dientes, rodeados de putas y sin levantar el teléfono mas que para pedir otra caja de alcohol y agua. Al verse así, supieron que vendrían horas de vértigo.

—No hay dinero ni para beber algo decente. Hay que vender algo de coca. Necesitamos dólares para el viaje. Ya nos estarán buscando hasta debajo de las piedras.

Salieron. Hicieron un contacto y vendieron unas onzas. Así fue como dieron con ellos.

Para cuando iban de regreso a su cuarto de hotel, decenas de llamadas se entrecruzaron sobre sus cabezas, de celular a celular, a teléfonos públicos.

Al entrar a la habitación ya los esperaban. Alcanzaron a ver que ya se repartían la mercancía. El cuarto estaba patas pa'rrriba; buscaban dinero.

—¿Dónde están los dólares, hijos de la chingada?! —gritó Mario, al que llamaban el Sheik.

Con él estaba la Foca, un hombre formidablemente gordo, con la frente marcada por cicatrices largas porque antes de ser narco había sido luchador.

—¡Más vale que suelten la sopa! —dijo ese otro.

Los metieron al baño y los amarraron. El Sheik dio instrucciones a la Foca y se despidió sin siquiera voltearlos a ver. Escupió en la cama.

Durante las siguientes horas les dieron tantos golpes que la Negra perdió el conocimiento. Lo reanimaron

con chile piquín y soda. Los arrastraron casi inconscientes al estacionamiento cubierto del hotel. Repartieron algunos dólares a los maleteros, que ayudaron a subirlos a una suburban blanca con placas de Chihuahua. Los regresaron al lado mexicano, a Ciudad Juárez, ocultos bajo cobijas.

Agarraron hacia El Millón, hasta los Arenales del Valle de Juárez. Allí los bajaron vendados de los ojos.

—Hey, Foca, agarra la onda, andábamos en la fiesta. Íbamos a reponer la coca. Nomás nos retrasamos. Dame *quebrada*.

—Pues ya se chingaron —interrumpió la Foca.

Amado y la Negra pudieron percibir, bajo las vendas de los ojos, que sus verdugos se ponían de acuerdo a señas.

—Yo tengo dinero en casa, Foca. Nunca le he fallado al patrón. Les pago. Te pago a ti. Le pago al Sheik. No nos maten —pidió Amado sin levantar demasiado la voz, sin imprimir demasiadas emociones a las frases.

Nadie le contestó. Se escuchó el ruido de vehículos grandes.

—Lástima, compa. Te vas a quedar sin tu virgencita —dijo la Foca.

—¿Cómo?

—Ya verás.

La Foca arrancó la camisa de Amado (sucia, llena de sangre, hecha jirones por el *levantón* y la tortura) y dejó al descubierto el tatuaje de la Virgen de Guadalupe que le cubría la espalda. Con maltrato aunque sin golpes, le amarraron un arnés bajo los brazos, ceñido a los hombros. Después lo obligaron a caminar con los pies descalzos sobre la arena.

Amado escuchó el Río Bravo. “Si tienen órdenes de matarnos, ya no hay manera de impedirlo”, se dijo. Y estaba en lo cierto. La Negra, su compañero, lloraba a gritos. Ahora lo escuchaba lejos.

Cayó de espaldas y así, de espaldas, emprendió el viaje hacia la inconsciencia. Sintió cómo la piel se le separaba por la fricción con la arena. La camioneta aceleró y dio coletazos, jalándolo con una cadena sujeta al arnés. Las piedras se le alojaron entre las costillas. Y luego, ya no supo más.

La Negra murió sin dolor. Allí mismo le dieron dos tiros en la cabeza. Se acabaron las lágrimas. Retornó el silencio. No se preocuparon en cubrirlo: esas sierras pelonas son pródigas en perros salvajes.

El sol pintaba de sangre el cielo del Valle de Juárez cuando regresó el auto que arrastraba a Amado.

—¿Listo?

—Listo.

—¿Frío, frío?

—Frío.

—Vámonos.

Semanas después, en su casa, Jessica lloró por última vez el abandono de Amado. Pensó que era hombre muerto. Se tomó un Nescafé y se puso a ver tele. Cenó. Tomó el teléfono, llamó a su madre: “Lo encontraron muerto”, inventó. “No pienso reclamar el cadáver.”

Dos mariguaneros encontraron a Amado y le ofrecieron agua. Balbuceaba.

En algún momento, cree Amado, la corriente del Río Bravo lo levantó de la rivera y lo paseó, sin hundirlo, hasta cruzarlo hacia Texas. Porque cuando lo rescataron estaba en Estados Unidos.

Los mariguaneros escondieron su carga en los matorrales y se encaminaron hacia una iglesia bautista que resaltaba entre las rancherías.

Lo cargaron hasta allá. Tocaron el timbre y salieron corriendo.

En su inconsciencia, Amado se dio cuenta de aquello.

Cuando pudo hablar, los bautistas lo abrazaron y antes de preguntar su nombre le explicaron que no lo habían llevado a un hospital por temor a que no tuviera papeles y le negaran atención médica.

—Me llamo Johnny, hermanos —dijo Amado con la voz débil—. Gracias por cuidarme. Soy protestante también, y sí, no tengo papeles. Unos mariguaneros me asaltaron; me lanzaron a un barranco, supongo que cerca de aquí. —Como pudo se incorporó y agregó—: Hermanos, necesito recoger un carro que dejé en El Paso; es un Ford LTD. Necesito llegar a Houston de inmediato. Allá está mi familia. Allá me esperan.

—Calma, calma —le contestó el pastor de la comunidad.

Amado se recostó y pensó en Jessica. Eso le trajo alivio, pero no pudo resignarse.

El religioso empezó una oración y él volvió a caer inconsciente mientras escuchaba, muy a lo lejos: “Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro...”



## Una propina generosa

—Mi nombre es Amado, Amado Rodríguez. Todo este tiempo los he engañado.

—Déjate de tonterías, Johnny. Escucha: el pueblo los quiere y entre todos veremos por ustedes. El mayor me ha dicho que el funeral de los tres niños será pagado por su oficina. Que no se preocupen. Ora, híncate y ora. Pídele a Dios que te dé calma...

—Mi nombre es Amado, Amado Rodríguez...

—...Cállate ya. Duerme, trata de dormir. ¿Bueno? ¿Es el doctor Grasshoff? Habla el sheriff Fayette. Malas noticias. Tiene que venir lo antes posible a casa de Johnny y Rose. He mandado una patrulla por usted. Traiga sedantes. Ha sucedido una tragedia...

Amado llegó al pueblo un mes de agosto en un Ford LTD de cajuela amplia. Lo recuerda porque era día de festival. Le llamó la atención un anuncio espectacular sobre la autopista I-10 que invitaba al trampolín pa-

ra niños, al torneo de golf y a la competencia de chili. “Schulenburg. 2,699 habitantes” —leyó— y salió de la carretera para caer directamente en la avenida Kessler que lo llevó a la gasolinera Fietsam, pero no se detuvo allí porque vio una patrulla estacionada. En la radio sonaba *Jolene* con Dolly Parton.

Pasó la Schulenburg Junior High School y más adelante brilló el letrero de una Chevron y allí decidió llenar el tanque del carro. Se detuvo frente a una de las tres bombas. Bajó. Caminó hacia la pequeña tienda del despachador y antes de entrar fue sorprendido por el rostro de un individuo que lo tomó por los hombros y lo sacudió.

“¡Amado!”, le dijo.

No entró al *food mart*, como tenía planeado, para pagar gasolina y comprar víveres. Movié el carro hacia las cortinas metálicas de un taller mecánico cerrado que era parte del complejo de la gasolinera. Sentado en el auto y con la puerta abierta escuchó a Valentín, quien le preguntó qué era de él y de los amigos que ambos habían hecho en la prisión de La Tuna; le recordó los días de Ciudad Juárez y en cierto momento lo invitó a que no fuera a Houston “porque allá la cosa están duras para los *mojados*”. Le ofreció trabajo en Schulenburg, por un tiempo, hasta que juntara unos dólares y pudiera seguir con sus planes, “los que sean”.

—Aquí hay trabajo —le dijo el amigo.

—Gracias, Valentín. Mejor me sigo —respondió a la oferta.

—Toma. Este es mi teléfono y aquí está mi dirección. Llámame si quieres. Puedes ayudarme acá.

Amado hizo esto, recuerda ahora: regresó por la

avenida Kessler a la autopista I-10; abandonó el poblado. Kilómetros adelante, cuando vio el letrero de otro pueblo llamado Weimar, sintió frío en el pecho. No se la pensó un segundo. Dio vuelta en “u”, de regreso a Schulenburg. Eran las ocho de la noche cuando entró, por segunda vez en unas cuantas horas, por la avenida principal. Minutos después estaba frente a la casa de Valentín, cerca de una iglesia bautista y una veterinaria, y a dos cuadras de un banco Wells Fargo.

Los siguientes minutos fueron rápidos como un tornado. Sacó del auto el gato mecánico que se usa para desponchar llantas; entró a la casa de Valentín por la ventana de su recámara (que no estaba iluminada) y ya adentro encontró al amigo tirado en un sofá de la sala, con la cabeza sobre una cojín y aparentemente viendo tele. “Estará borracho”, pensó. Se paró frente a él y le soltó un primer golpe en la frente con la herramienta de hierro. El segundo fue en la clavícula derecha. Excitado, golpeó una y otra vez la cara y el cuerpo de Valentín y con las manos llenas de sangre salió por la ventana para abordar su carro con destino a la calle Kessler y después a la autopista I-10.

Dejaba Schulenburg cuando en la radio se escuchó *The Free Mexican Airforce*, con el Flaco Jiménez.

Días después, en una fonda de mexicanos en Houston, tomó el diario bilingüe *La Prensa* (que un cliente anterior había abandonado en la mesa) y allí leyó la noticia de Valentín, asesinado en un pueblo poco conocido llamado Schulenburg. La cabeza, a dos columnas y cuatro pisos, decía:

De cinco balazos,  
dan muerte  
en Schulenburg  
a narcotraficante

En los párrafos intermedios, la nota explicaba que “el traficante, a quien se le encontraron diez kilos de marihuana escondidos en la recámara de su casa, fue acribillado en su propio sillón por dos individuos que ya están presos.”

Agregaba: “La policía de este pueblo fundado por alemanes y checos en los 1800 informó que los asesinatos confesos eran indocumentados, como su víctima, y que trabajaban en un taller mecánico con él. Explicó que una hora después de dispararle regresaron a su casa para asegurarse que estaba muerto. ‘Le deshicieron el rostro y el cuerpo a golpes y luego salieron por una ventana’, dijo el agente Fayette. ‘Sin embargo, el traficante ya había muerto a causa de las previas descargas de dos rifles’, agregó. No explicó por qué los asesinos habían regresado a la casa de su víctima, si ya antes le habían disparado.”

Amado dejó esa mañana una propina generosa: tres dólares. Subió a su auto y se encaminó a las afueras de Houston, de regreso a El Paso. Tomó la autopista I-10 y en medio del desierto dijo en voz alta: “Tengo trabajo, aunque sea en un taller mecánico.”

Escuchaba *Time in a Bottle*, de Jim Croce, cuando pasó Weimar. Unos kilómetros más adelante vio un letrero que decía: “Schulenburg. 2,699 habitantes”. Y otro, un anuncio espectacular: “Festival. The National Party of Texas. Chili Contest.”

Así fue que llegó a Schulenburg.  
No se le olvida, porque era un día de festival.

Los recuerdos de su llegada le llegan una, dos veces a la semana, de manera involuntaria. No es que le atormenten; es mucho más simple que eso: Amado trabaja en la gasolinera en la que se topó con Valentín hace ya quince años; va dos veces a la semana, con su esposa y sus tres hijos, a la Primera Iglesia Bautista que está junto a una veterinaria y cerca del Wells Fargo, en donde paga su hipoteca.

Schulenburg no le permite olvidar los detalles.

En el fondo, a Amado le hubiera gustado no tener que recordar la noche en la que deshizo el cuerpo sin vida de Valentín. Se ha vuelto un hombre silencioso, hogareño, abnegado y religioso en este pueblo protestante en el que los blancos son el ochenta y siete por ciento de la población y en donde lo han aceptado por empeñoso, trabajador, padre cariñoso y buen cristiano.

Amado ha vivido en paz y con temor a Dios, pero en estos años no ha dejado de pensar que un día amó de verdad. Su consuelo son sus tres hijos. E incluso Rose, esa mujer que lo adora a pesar de que él, para no engañarla, para serle honesto, le habló de Jessica desde el día en que se conocieron.

Jessica, a la que abandonó y de la que nunca supo más.

Rose, su esposa, hija del sheriff Fayette, guarda esos secretos y otros. Él le está agradecido.

Es ella el único ser vivo en Schulenburg que no llama “Johnny” sino “mi amado”, en español, porque

lo quiere y porque sabe, desde hace más de una década, su verdadero nombre: Amado Rodríguez.

La tarde en la que todo Schulenburg lo acompañó a sepultar a sus tres hijos tomó una decisión. Iba a bordo del carro funerario, rodeado por cámaras de televisión y reporteros que narraban “la dramática desaparición, búsqueda, muerte y hallazgo de tres niños en un pueblo de Texas poco conocido hasta antes de la tragedia”.

Ese día decidió que regresaba a Ciudad Juárez.

A la mañana siguiente, en sentido contrario a como había llegado 15 años atrás, guió su carro sobre la avenida Kessler y evitó la gasolinera Fietsam, en donde se encontraba estacionada la patrulla de su suegro, el ahora sheriff Fayette.

Cuando tomó la autopista I-10 rumbo a El Paso, en la radio se escuchaba *I never cared for you* con Willie Nelson.

A diferencia de hace quince años, cuando fue arrasado por casualidades y circunstancias hasta este pueblo desconocido por él, Amado manejó sereno, con la mente casi en blanco.